



CERRO SOMBRERO

Memorias de
un pueblo que
persiste

MEMORIAS
CHOCOLATADAS



Solange Casanova y familia
AÑO: 1962



Ballet infantil
AÑO:



María Acebillo, Alison, Alicia, Lita
Aitamarino, beba Mariana Alvarez
AÑO: 1968



Fiesta Familiar
Hirsa Rojas



María Guerrero Martínez
el Saborium de Cerro Sombrero
AÑO: 1961



En el caso Alvarez de Cerro Sombrero
Española Soria
AÑO: 1962



Ballet infantil Colleen
AÑO: 1998



Presentación

Es un honor reconocer las historias y recuerdos compartidos por nuestra comunidad, reflejo de la riqueza de nuestra identidad cultural y de la vida de quienes han construido nuestra comuna.

Cada relato fortalece nuestra memoria colectiva y permite que las futuras generaciones conozcan y valoren nuestras tradiciones, manteniendo vivas nuestras raíces.

Agradezco a todas las vecinas y vecinos que participaron y a quienes hicieron posible esta iniciativa, que refleja el corazón y la esencia de Primavera.

Karina Fernández Marín
Alcaldesa de la Ilustre
Municipalidad de Primavera

“Cerro Sombrero, memorias de un pueblo que persiste”, es el corazón de una comunidad hecho palabra. En los encuentros **“Memorias Chocolatadas”**, vecinas y vecinos de la localidad fueguina tejieron, a través de relatos, fotografías y voces, su propia historia viva. Cada página refleja la fuerza colectiva que, desafiando el viento y el tiempo, ha forjado una identidad única.

Desde la SEREMI de las Culturas, las Artes y el Patrimonio de Magallanes, mediante el Programa de Fortalecimiento de la Identidad Cultural Regional y en colaboración con la I. Municipalidad de Primavera, impulsamos esta iniciativa con la convicción de que preservar las memorias es cuidar la esencia del territorio.

Este libro es un homenaje a esa identidad y a la generosidad de su gente.

SEREMI de las Culturas, las Artes y el Patrimonio de la Región de Magallanes y de la Antártica Chilena.



Quando inicié este trabajo me acompañaba una pregunta sencilla y, al mismo tiempo, profunda: ¿por qué recordar? La respuesta apareció en cada entrevista, en cada testimonio, en cada fotografía rescatada. Recordar no es solo volver al pasado, es también afirmar quiénes somos en el presente y qué legado queremos dejar hacia el futuro.

Recopilar estas memorias es un acto de justicia y de cariño. Porque la historia de un pueblo no se mide únicamente en cifras de producción ni en decisiones empresariales, sino en relatos íntimos que revelan su esencia: en las risas de los niños jugando en la calle, en los bailes de carnaval que animaron los inviernos, en los versos de un

CERRO SOMBRERO: memorias de un pueblo que persiste

poeta campesino, en las lágrimas de quienes llegaron con incertidumbre y terminaron quedándose con arraigo.

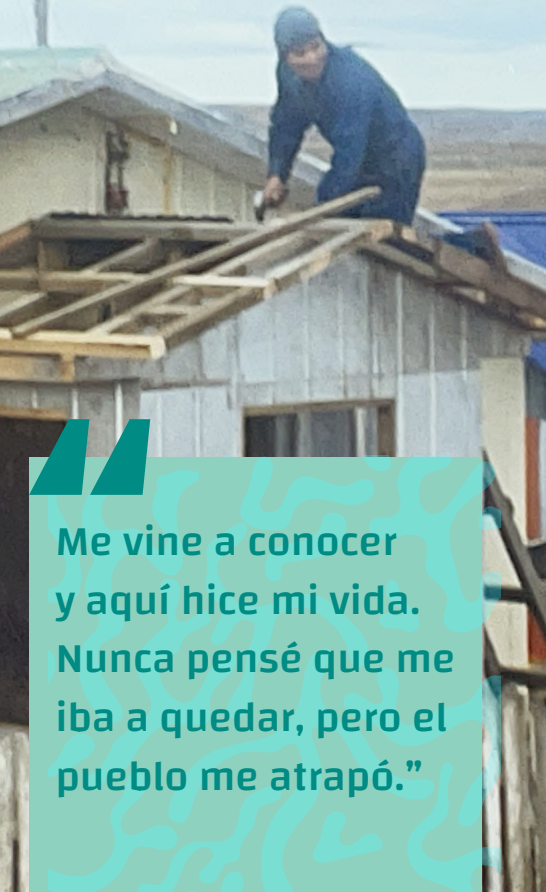
Para el patrimonio fueguino, Sombrero es más que un testimonio local. Es un símbolo de cómo la vida en los confines puede convertirse en comunidad. De cómo la fragilidad se transforma en fortaleza. De cómo la memoria compartida se vuelve herencia capaz de cruzar generaciones.

Estas páginas no cierran una historia, la abren. Son una invitación a escuchar, a recordar y a valorar. Porque mientras se sigan contando estas vivencias, Cerro Sombrero persistirá como patrimonio vivo en la memoria de Tierra del Fuego.





Llegar y quedarse



Me vine a conocer y aquí hice mi vida. Nunca pensé que me iba a quedar, pero el pueblo me atrapó.”

Cerro Sombrero nació en la segunda mitad del siglo XX, como fruto directo de la industria petrolera. La Empresa Nacional del Petróleo (ENAP) necesitaba un asentamiento capaz de alojar a trabajadores, técnicos y familias, pero también buscaba proyectar un modelo de comunidad moderna en medio de la soledad fueguina. No se trataba solo de construir viviendas: la idea era levantar un pueblo planificado, con escuela, cine, supermercado, hospital y espacios de encuentro. Una demostración de que incluso en los confines de la pampa podía florecer una vida organizada y plena.

Las primeras familias llegaron como pioneras, dejando atrás ciudades, barrios y costumbres. Para muchas de ellas fue un viaje sin retorno: un salto hacia lo desconocido, a un paisaje desafiante y un clima que imponía respeto. El viento, el aislamiento y la distancia marcaron los inicios, pero también forjaron lazos de

solidaridad que darían forma a la comunidad. En aquellos años, la isla vio surgir otros pueblos del petróleo —Manantiales, Clarencia, Percy, Cullen—, campamentos que nacieron y desaparecieron al ritmo de las faenas. Cerro Sombrero, en cambio, supo persistir. Lo que comenzó como un asentamiento industrial se transformó con el tiempo en una comunidad con identidad propia, capaz de resistir el paso de los años y la fragilidad de depender de una sola actividad.

Ese carácter persistente es hoy parte fundamental de su valor patrimonial. Cerro Sombrero no es solo historia petrolera: es también testimonio de la capacidad fueguina de enraizar en la adversidad. Su memoria constituye un patrimonio vivo de la identidad austral, prueba de que en los márgenes también se fundan comunidades que latén con fuerza y merecen ser recordadas.

Cuando llegamos, no había nada más que viento y casas nuevas en medio de la nada. Costaba imaginar que aquí habría un pueblo.”



Motivos de llegada, caminos de destino

El destino de Cerro Sombrero se fue tejiendo con hilos distintos. Algunos llegaron con contrato en mano y vivienda asignada por ENAP. Eran técnicos, operarios, profesionales que buscaban estabilidad y un futuro para sus familias. Otros siguieron a parientes o amistades que ya vivían en la isla, confiando en que la cercanía de los suyos facilitaría la adaptación. Y no faltaron quienes llegaron casi por azar, de paso, y terminaron quedándose para siempre, atrapados por el viento, por la comunidad o por un afecto inesperado.

que Sombrero no fue solo una creación empresarial, sino también una comunidad forjada por decisiones personales, encuentros fortuitos y apuestas familiares. La historia se pobló de barcos y aviones que traían a las primeras familias, con rostros expectantes frente a la incertidumbre.

Los testimonios recuerdan maletas cargadas de miedo y entusiasmo, viajes largos y la promesa de un futuro mejor. Sombrero se convirtió así en un mosaico humano diverso, hecho de sacrificios, sueños y azares que dieron forma a un pueblo único en la pampa fueguina.

Esa mezcla de trayectorias muestra

Yo venía solo a visitar a mi hermana, y al final me quedé. Aquí encontré familia y futuro.

Llegamos porque había trabajo en la empresa. Era un sacrificio, pero nos daba la oportunidad de empezar de nuevo."

A mi marido lo trasladaron y yo lo seguí con mis hijos. No sabía cuánto tiempo estaríamos, pero con los años entendí que Sombrero sería nuestra casa."



Horacio Adelina Arson, Alcega Lila Altamirano, Beatriz Monica Alvarez AÑO: 1968



Ballet infantil AÑO:



Fiesta Familiar con Nirka Rogel AÑO: 1962 Nirka Rogel AÑO



La Guerrero Martínez el Salarium de Cerro Sombrero AÑO: 1961



Eduardo Alvarez al caballo en la Estancia Cerro AÑO: 1960



El peso del desarraigo

Llegar a Cerro Sombrero no fue fácil. El frío cortante, el viento persistente y la distancia de las familias extendidas marcaron los primeros años. Muchos recuerdan noches en que las ráfagas golpeaban las ventanas con fuerza, generando la sensación de estar en los márgenes del mundo. La nostalgia de las ciudades de origen se mezclaba con la soledad de criar hijos sin abuelos ni tíos cerca.

Las mujeres cargaron con gran parte de ese desarraigo. Hubo que inventar nuevas formas de compañía, apoyarse en vecinas, aprender a sobrevivir sin la red familiar que

antes sostenía la vida cotidiana. El paisaje inmenso y silencioso imponía respeto: la pampa era belleza y vacío al mismo tiempo.

Con el tiempo surgieron respuestas: la iglesia como refugio espiritual, los internados escolares como apoyo en la crianza, los centros de madres como espacios de contención y aprendizaje. El aislamiento nunca desapareció del todo, pero fue atenuado por la fuerza de los vínculos. Así, lo que parecía soledad absoluta se transformó, poco a poco, en comunidad que resistía junta la dureza del territorio..

“Al principio lloraba todas las noches. El viento no me dejaba dormir, y la distancia con mi familia me pesaba mucho.”

“Era un lugar hermoso y duro al mismo tiempo. Había días en que parecía que el viento se metía dentro de la casa y nos dejaba en silencio.”

“La soledad fue lo más difícil. Uno venía de tener a la familia cerca, y acá estábamos solos. Los vecinos se transformaron en nuestra familia.”

De campamento a comunidad



Lo que comenzó como sacrificio se transformó con el tiempo en pertenencia. A medida que el pueblo crecía, se levantaron barrios, escuelas, clubes deportivos, centros de madres y espacios de encuentro. Los vecinos empezaron a reconocerse en las calles, en las celebraciones comunitarias y en los pequeños gestos de ayuda mutua que se volvieron costumbre.

El arraigo definitivo no llegó de golpe. Fue un proceso lento, casi imperceptible, marcado por decisiones íntimas: elegir criar a los hijos en ese lugar, apostar por levantar una casa

“Aquí crié a mis hijos, aquí hice mi casa. Al final, uno se siente parte de este lugar, aunque haya llegado de afuera.”

De pronto me di cuenta de que ya no era visita. Éste era mi hogar, y la gente de aquí era mi familia.”

propia en la pampa, asumir que el futuro se jugaría en medio del viento. Cada paso reforzaba la idea de que la memoria individual se fundía con una memoria compartida.

Sombrero dejó de ser un campamento transitorio para convertirse en comunidad con raíces. Lo que un día parecía incierto se volvió certeza. Entre calles azotadas por el viento y hogares iluminados por la solidaridad, el pueblo fue consolidando su identidad. “Llegar fue un desafío —dicen sus habitantes—; quedarse, la elección que nos convirtió en comunidad.”

“Llegar fue duro, pero quedarse fue la elección que nos hizo pueblo.”



EL VIENTO: FRONTERA E IDENTIDAD

La vida en Cerro Sombrero siempre ha estado marcada por la fuerza del viento. Para quienes venían de ciudades del centro o del norte, fue el primer obstáculo: aprender a caminar con ráfagas que tumbaban, sostener las casas frente a los temporales y soportar inviernos largos, con noches interminables. El viento era frontera y compañía a la vez.

Ese aislamiento no era solo geográfico. También era emocional. Estar lejos de las familias, de hospitales y universidades obligaba a resolverlo todo dentro del pueblo. La pampa reforzaba esa sensación de estar en

los márgenes del mundo: inmensa, silenciosa, casi ensordecedora.

Con los años, lo que al comienzo fue miedo o molestia se convirtió en un signo compartido. El viento pasó de ser enemigo a símbolo de fortaleza. Una marca que unió a los vecinos, recordándoles que habitar Sombrero era también aprender a resistir. Hoy, cuando alguien dice que viene de este lugar, lo primero que menciona es el viento. Y, lejos de ser una queja, suele decirse con orgullo: es parte inseparable de la identidad.

Había días en que el viento te tumbaba. No podías ni abrir la puerta sin que se volaran las cosas.”

El silencio de la pampa era tan grande que dolía. Aprendimos a escucharlo y a hacer de él compañía.”

Aquí el viento nos enseñó a ser fuertes. A veces parecía que nos empujaba, pero también nos unía.”

El viento era como un reloj: marcaba los días, nos decía cuándo salir y cuándo quedarnos en casa.”



Refugios en la pampa



“La piscina era un lujo. En medio de la pampa, tener una climatizada era increíble.”

En medio del clima hostil, Cerro Sombrero supo ofrecer refugios que hicieron más llevadera la vida diaria. El supermercado era mucho más que un lugar de compras: allí se cruzaban miradas, se compartían noticias, se conversaba de la vida y se forjaban amistades.

El cine, orgullo del pueblo, sorprendía con estrenos que llegaban incluso antes que a otras ciudades de Magallanes. Para las familias fue una ventana al mundo, un espacio donde reír, emocionarse y sentir que, pese al aislamiento, estaban conectados con algo mayor.

El hospital, recordado por la calidad de sus médicos y la confianza que brindaba, representó un símbolo de modernidad en medio de la pampa. Saber que había atención

y cuidado profesional mitigaba la lejanía de los grandes centros urbanos.

El gimnasio y la piscina climatizada marcaron generaciones: lugares donde los niños aprendían a nadar, los jóvenes competían y las familias se reunían para compartir. Eran espacios de orgullo comunitario, impensados en un campamento petrolero y que, sin embargo, se volvieron parte esencial de su identidad.

Cada uno de estos espacios cumplía una función práctica, pero también algo más profundo: creaban comunidad. En ellos se diluía la soledad de la pampa y se reforzaba la idea de que el pueblo no era solo un campamento petrolero, sino un hogar capaz de sostener la vida y la memoria compartida.



“El cine era lo máximo, estrenaban películas antes que en Punta Arenas. Íbamos en familia, era una fiesta.”



“El supermercado era como un mall, ahí te encontrabas con todos, aunque solo fueras por pan o azúcar.”

Cuando el pueblo es familia

La vida cotidiana en Cerro Sombrero siempre ha girado en torno a la familia, pero también a los vecinos, que se convierten en parientes elegidos. La escuela es todavía un eje central: allí se formaron generaciones y hoy sigue siendo lugar de aprendizajes, de actos escolares que llenan de orgullo a la comunidad y de encuentros que van más allá de lo académico.

Los niños crecen con una libertad poco común: juegan en las calles sin miedo, recorren el pueblo en bicicleta sin candados y saben que en cada casa hay un segundo hogar. Esa confianza, que muchos recuerdan como uno de los mayores tesoros del pasado, sigue viva hoy, sosteniendo una red de crianza comunitaria que ha resistido el paso del tiempo.

La iglesia mantiene su papel como espacio de reunión y cohesión. Bautizos, primeras comuniones y misas dominicales siguen convocando a las familias, al igual que lo hicieron desde los primeros años del pueblo.

Así, entre memoria y presente, Sombrero confirma que la vida cotidiana no se entiende solo como recuerdo: también es experiencia actual, donde la comunidad late y se reconoce en cada gesto compartido.



Los vecinos eran como familia. Si uno necesitaba algo, sabía que la puerta de al lado estaba abierta."

Crecimos en la calle, jugando hasta tarde. Nadie cerraba las puertas, todos éramos parte de la misma familia."



El brillo de la Navidad



En Cerro Sombrero, las fiestas fueron mucho más que un simple entretenimiento: eran el pulso de la vida social, la confirmación de que en medio del aislamiento existía una comunidad capaz de reunirse y celebrar.

Cada festividad transformaba la rutina marcada por el viento en un espacio de encuentro, donde la música, la comida y la alegría compartida tejían vínculos que aún perduran en la memoria.

Cada uno de estos espacios cumplía una función práctica, pero también algo más profundo: creaban comunidad. En ellos se diluía la soledad de la pampa y se reforzaba la idea de que el pueblo no era solo un

campamento petrolero, sino un hogar capaz de sostener la vida y la memoria compartida. Los niños corrían hacia las calles, los adultos se contagiaban de esa ilusión y cada regalo, con el nombre escrito, reforzaba la certeza de que nadie quedaba afuera.

La magia de la Navidad no residía solo en los obsequios, sino en la sensación de pertenencia: el pueblo entero se reconocía como una gran familia. Esa memoria sigue viva, porque en Sombrero las celebraciones no son recuerdos lejanos, sino tradiciones que mantienen unida a la comunidad y recuerdan que incluso en los confines del mundo se puede vivir la alegría de estar juntos.

Las fiestas eran la vida del pueblo, pero la Navidad era la más linda de todas. El corazón nos latía fuerte al escuchar la sirena."

Lo especial era que cada regalo tenía el nombre del niño. Eso nos hacía sentir únicos, como si nos conocieran de verdad."

Era mágico: en un lugar tan lejos de todo, vivíamos una Navidad más grande que en cualquier ciudad."

Recuerdo que hasta los más tímidos se animaban en Navidad. Ese día éramos un solo corazón."

Había gente que venía de Punta Arenas solo para vivir esa Navidad distinta, con todo el pueblo en la calle."



De los carnavales al aula

El carnaval de invierno fue, durante años, uno de los espectáculos más esperados en Cerro Sombrero. Las calles se llenaban de color con carros alegóricos preparados con semanas de anticipación, donde las familias desplegaban creatividad y entusiasmo. Todo el pueblo se volcaba a participar: disfrazados, como público o sumándose a la organización, transformando por un día la pampa silenciosa en escenario de fiesta.

Las carreras de autos, con su mezcla de destrezas y maniobras arriesgadas, añadían adrenalina y risas a la vida comunitaria. El rugido de los motores competía con el del

viento, convirtiéndose en un espectáculo que todavía hoy se recuerda con emoción.

Aunque estas celebraciones ya no se realizan, permanecen como parte fundamental de la memoria colectiva. Lo que sí sigue en pie es la escuela, siempre en el centro de la vida comunitaria. Allí se celebran actos de Fiestas Patrias, presentaciones artísticas y actividades culturales que congregan a las familias, tal como lo hicieron desde los primeros años del pueblo. Cada evento escolar sigue siendo un hito social: un recordatorio de que en cada generación, en cada niño y niña, se renueva la identidad de Cerro Sombrero.

Los carnavales eran increíbles, había un espíritu de competencia sana y de unión."

La escuela no solo enseñaba, también nos regalaba momentos de fiesta."



La pampa celebra, el cine canta



Entre las celebraciones que han marcado —y siguen marcando— la identidad de Cerro Sombrero, la Fiesta Campesina del Ovejero ocupa un lugar entrañable. Más que un evento, es un homenaje vivo a las raíces fueguinas y al trabajo del campo. Cada año, sombreroños, ovejeros y familias enteras se reúnen para rendir tributo a la vida en la pampa, en una jornada donde memoria y comunidad se entrelazan.

Las actividades se realizan en el Lote B, con concursos de jineteadas, perros ovejeros y una muestra de esquila. Estas destrezas, transmitidas de generación en generación, son parte esencial del orgullo local y de la identidad rural. Luego, la celebración se traslada a La Ponderosa, donde el almuerzo comunitario y las ceremonias de premiación reúnen a todos en torno a la música, la comida y los reconocimientos, reforzando un espíritu colectivo que ha sabido resistir el paso del tiempo.

año a participantes de Argentina, Uruguay y Brasil. Durante esos días, el viento parece dar tregua y la pampa se llena de voces, risas y tradiciones compartidas, como si todo el territorio celebrara al unísono.

Junto a esta tradición, el Festival de la Canción Ranchera en Primavera aporta emoción y pertenencia. Desde el escenario del cine, guitarras y acordeones acompañan noches de canto popular que reúnen a generaciones enteras. Es un encuentro donde la música se vuelve memoria viva y la comunidad se reconoce en sus propias canciones.

La vigencia de ambas celebraciones confirma que Sombrero no es solo un vestigio de la época petrolera: es también un corazón cultural que late en medio de la pampa, renovando año a año sus raíces e identidad fueguina.



La Fiesta del Ovejero es nuestro orgullo. Ver llegar gente de otros países nos hace sentir parte de algo grande."

Lo que más me gusta es la esquila, ver a los hombres trabajando con destreza, como homenaje al oficio ovejero."

Con el festival ranchero, el pueblo vibra. Todos bailamos hasta tarde, es imposible quedarse en la casa."

La Fiesta del Ovejero nos recuerda que también somos campo, historia y tradición."



El fútbol, idioma del pueblo

El deporte era lo que nos movía. Siempre había partidos, torneos o competencias para compartir.”



En Cerro Sombrero, el deporte ha sido siempre más que un pasatiempo: es encuentro, identidad y orgullo compartido. Desde los primeros años, la empresa y los vecinos impulsaron actividades que convocaban a niños, jóvenes y adultos en la cancha, en el gimnasio o en la pista de bowling. Practicar deporte era —y sigue siendo— un ritual comunitario, una manera de combatir el aislamiento y de sentir que el pueblo estaba vivo.

Pero entre todas las disciplinas, el fútbol ocupó un lugar principal. No era solo un juego: era un espacio donde se expresaba la fuerza colectiva del pueblo. Cada partido transformaba la rutina en celebración, y

“Recuerdo los gritos, las banderas y la emoción de ver a nuestros equipos. Era como un mundial en miniatura.”

la cancha se volvía punto de encuentro. Llegaban equipos de distintos rincones, y el entusiasmo convocaba a familias enteras, que se instalaban en las tribunas con banderas, termos y anécdotas que aún circulan en la memoria.

El fútbol, más que ninguna otra práctica, supo tejer lazos comunitarios. Fue un idioma común que atravesó generaciones, un escenario donde se compartían alegrías, derrotas, risas y complicidades. En Sombrero, jugar al fútbol significaba reconocerse en los demás y reafirmar, una vez más, que la comunidad también se construye con la pelota en los pies

“Cuando había un campeonato, el pueblo entero estaba pendiente. Aunque no jugaras, igual estabas ahí, alentando.”



Más que fútbol, era un encuentro social. Uno podía perder en la cancha, pero nunca perdía la oportunidad de juntarse con los demás.”

Entre modernidad y tradición

Aunque el fútbol fue el gran protagonista, en Cerro Sombrero también florecieron otros deportes que marcaron generaciones y dejaron huellas en la memoria colectiva. El bowling, instalado en pleno corazón del pueblo, parecía un lujo impensado para un asentamiento aislado en la pampa fueguina. Allí se reunían amigos, colegas y familias enteras, en un ambiente que mezclaba juego, risas y camaradería. Cada partida era excusa para encontrarse, para conversar y para sentir que, incluso lejos de las ciudades, había espacio para la recreación moderna.

La rayuela, en cambio, conectaba directamente con la tradición campesina. Su presencia en Sombrero mantenía viva la cultura popular fueguina, recordando que el pueblo petrolero también estaba anclado en las raíces rurales de la isla. En

cada lanzamiento se transmitía un legado de costumbres que unía a abuelos, padres e hijos.

La piscina climatizada fue otro símbolo de orgullo regional. Impensada en un territorio azotado por el frío, sorprendía a los visitantes por su calidad y modernidad. Allí se formaron nadadores, se organizaron competencias y, sobre todo, se dio un espacio para el disfrute familiar, donde el calor del agua contrastaba con el viento helado de la pampa.

Estos deportes, distintos en su forma y en su origen, compartían un mismo espíritu: eran puntos de encuentro. Entre modernidad y tradición, dieron identidad a un pueblo que supo encontrar en el juego otra manera de sentirse comunidad.

La rayuela era el deporte de los viejos, pero ahí estábamos todos mirando, porque se armaba un ambiente muy especial."

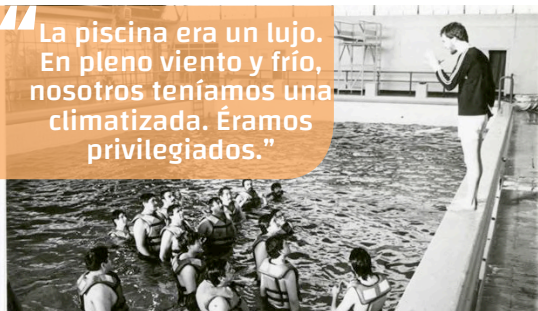


Muchos aprendimos a nadar en esa piscina. Fue parte de nuestra infancia y de nuestra identidad."



El bowling era nuestro tesoro. ¿Quién se imaginaba un bowling en Tierra del Fuego?"

La piscina era un lujo. En pleno viento y frío, nosotros teníamos una climatizada. Éramos privilegiados."



Infancias libres en la pampa

“Jugábamos en la calle hasta que oscurecía. Nadie nos apuraba, porque sabían que estábamos seguros.”

“No había juguetes caros, pero tampoco hacían falta. Éramos niños libres en medio del viento.”

La niñez en Cerro Sombrero siempre se ha vivido con una libertad poco común. Los niños juegan en la calle hasta que oscurece, recorren el pueblo en bicicleta sin candado y convierten los patios, las plazas y hasta la pampa en escenarios de juegos inventados. Cada rincón puede transformarse en una cancha improvisada, donde lo importante no es el marcador, sino la risa que resuena más fuerte que el viento.

Esa sensación de confianza y seguridad ha marcado generaciones. Los adultos de hoy recuerdan con nostalgia la infancia de puertas abiertas, donde cada casa era un segundo hogar y donde no había temor de que los

niños corrieran libres de un extremo a otro del pueblo. Y esa memoria no pertenece solo al pasado: aún hoy la comunidad conserva la certeza de que la niñez en Sombrero crece acompañada y protegida.

En un mundo donde la inseguridad limita espacios, Cerro Sombrero guarda el privilegio de ofrecer a sus hijos la posibilidad de una infancia abierta, compartida y plena. La libertad de los juegos, el cuidado colectivo y la confianza que se respira en cada calle forman parte de un patrimonio vivo, que recuerda que también en los lugares más aislados del mundo se pueden criar infancias felices.

“Todo era juego: una pelota, un palo, la pampa... con eso bastaba para ser felices.”



“Las bicicletas se dejaban en cualquier parte, sin candado. Esa confianza ya no existe.”

Ellas, el corazón invisible

Mientras los hombres trabajaban en la empresa, nosotras armábamos la vida del pueblo.”



Éramos pocas mujeres, pero nos las arreglábamos para hacer de este lugar un hogar.”

Detrás del trabajo petrolero que dio origen a Cerro Sombrero, estuvieron siempre las mujeres: sostén silencioso y, al mismo tiempo, motor de la vida comunitaria. Muchas llegaron acompañando a sus maridos; otras lo hicieron buscando nuevas oportunidades para ellas y sus familias. En todos los casos, fueron protagonistas de un proceso invisible en los registros oficiales, pero decisivo en la construcción del pueblo.

Criaron hijos lejos de sus familias de origen, enfrentaron el desarraigo y la soledad, y al mismo tiempo tejieron redes de apoyo que dieron forma a una comunidad en la que “todas cuidaban de todos”. Supieron transformar las cocinas en lugares de conversación y compañía, organizaron

encuentros, levantaron centros de madres y transmitieron saberes que hicieron del aislamiento un espacio más habitable.

Aunque muchas veces su rol quedó opacado por la centralidad del trabajo petrolero, fueron ellas quienes dieron continuidad a la vida cotidiana. Con creatividad y fuerza, lograron que el viento y la distancia no fueran solo obstáculos, sino también oportunidades para crear comunidad.

Hoy, sus memorias persisten y se reconocen: la historia de Sombrero no se entiende sin el aporte de esas mujeres que, con resiliencia y ternura, sostuvieron la vida en medio de la pampa fueguina.



.....
Fuimos las que
sostuvimos la
vida cotidiana.
Sin mujeres,
Sombrero no
habría sido
pueblo.”



Centros de madres: tejer comunidad

En los años 70 y 80, los centros de madres se convirtieron en verdaderos refugios frente al aislamiento de la pampa. Allí no solo se enseñaba costura, bordado, cocina o manualidades; lo que se transmitía era mucho más profundo: confianza, compañía y la certeza de que ninguna mujer estaba sola en medio del viento. En torno a una mesa compartida, entre hilos, telas y recetas, se tejían también amistades duraderas y se encontraba alivio para la nostalgia de las familias lejanas.

se hablaba de los problemas cotidianos y se construían pequeñas redes de apoyo. Eran aulas de vida comunitaria en las que se cultivaba el arte de sostener al pueblo desde lo invisible.

Con los años, esos espacios se transformaron en semilleros de liderazgo femenino. Muchas de las iniciativas sociales, culturales y educativas que marcaron a Cerro Sombrero nacieron allí, de mujeres que, entre puntadas y conversaciones, aprendieron a organizarse y a soñar juntas. En cada proyecto impulsado, en cada actividad comunitaria, perdura el eco de esos encuentros que hicieron del aislamiento una oportunidad para crear comunidad.

“El centro de madres fue nuestra universidad. Allí aprendimos oficios, pero sobre todo, aprendimos a ser comunidad.”

“Nos reuníamos a tejer, pero terminábamos hablando de la vida, de los hijos, de los sueños.”

“De esas reuniones salieron ideas que después dieron vida a espacios comunitarios.”

“En el centro de madres no solo cosíamos, ahí nos sentíamos acompañadas. Era nuestra terapia.”



De la guardería al jardín infantil



La guardería en la parroquia fue un antes y un después. Demostró que nosotras podíamos generar soluciones.”

Uno de los mayores logros de las mujeres de Cerro Sombrero fue la creación de la guardería en la parroquia, una iniciativa nacida de la solidaridad y de la urgencia de conciliar trabajo y crianza en un territorio aislado. Organizada por las propias vecinas, este espacio ofrecía cuidado y compañía a los más pequeños mientras sus madres y padres cumplían con las exigencias de la vida laboral.

Lo que comenzó de manera sencilla —con turnos, improvisación y mucha voluntad— se convirtió con el tiempo en el jardín infantil municipal, un hito que habla de la capacidad de organización femenina y de la importancia que tuvo la infancia como motor de comunidad.

“Éramos mujeres comunes, pero cuando nos uníamos lográbamos cosas grandes.”

“No teníamos jardín, así que nos organizamos. Entre todas cuidábamos a los niños mientras las demás trabajaban.”

“Cada niño cuidado era responsabilidad de todas. Éramos una sola familia.”

El cuidado de los niños unió a las familias y fortaleció la confianza entre vecinas. Era común que se turnaran para apoyar a quienes más lo necesitaban, compartiendo responsabilidades y asegurando que ningún niño quedara sin compañía ni protección. Ese gesto, que parecía cotidiano, fue en realidad un acto de resistencia al aislamiento y un ejercicio temprano de corresponsabilidad comunitaria.

Hoy, el recuerdo de la guardería y la continuidad del jardín infantil permanecen como símbolo de lo que las mujeres fueron capaces de construir: espacios donde la niñez no solo estaba segura, sino donde también se sembraba el futuro de Sombrero.



Sembradoras de futuro

La Desenka veía cosas que a veces uno ni se daba cuenta. Escribía del viento, de la pampa, de la gente... gracias a ella aprendimos a mirar distinto este lugar."

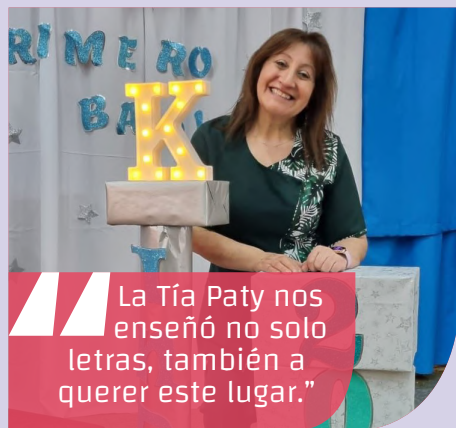


Hubo mujeres anónimas, sin nombre en los libros, que fueron las verdaderas tejedoras de la comunidad."

En la historia de Cerro Sombrero, varias mujeres se transformaron en verdaderos referentes culturales, sociales y educativos, dejando huellas que aún persisten en la memoria colectiva. Sus nombres son símbolos de muchas otras que, aunque no figuren en registros oficiales, sostuvieron la vida cotidiana del pueblo con su entrega silenciosa y constante.

La poetisa Desenka Vukasovic convirtió en palabras la experiencia de vivir en la pampa, dejando una huella literaria que trasciende generaciones. Su obra es testimonio sensible de lo que significó habitar el aislamiento, transformando la soledad en versos que todavía emocionan.

La querida "Tía Paty" Mena, docente recordada con afecto por varias generaciones de estudiantes, no solo enseñó contenidos



La Tía Paty nos enseñó no solo letras, también a querer este lugar."

escolares: enseñó a confiar, a crecer en comunidad y a valorar la educación como puerta de futuro. Su nombre evoca cariño y respeto en quienes pasaron por sus aulas.

La incansable Alicia Uribe fue pionera en organización comunitaria. Con energía y visión, impulsó actividades que fortalecieron los lazos vecinales y que dieron forma a una vida colectiva más cohesionada, donde la participación femenina se convirtió en motor de cambios.

Estos nombres representan a muchas más mujeres que, sin ocupar cargos oficiales, fueron y siguen siendo guardianas de la memoria, impulsoras de actividades y sostén de la vida comunitaria. En ellas se reconoce el corazón de Sombrero: la certeza de que la identidad también se escribe con el coraje y la creatividad de sus mujeres.



Declaratoria

Doña Alicia es ejemplo de fuerza y creatividad. Ella siempre estaba pensando en qué hacer por el pueblo."

Un pueblo dentro de otro



Desde sus inicios, la vida en Cerro Sombrero estuvo atravesada por realidades diversas. Por un lado, estaban las familias que llegaron con el respaldo de la empresa petrolera, accediendo a viviendas equipadas, clubes y servicios que ofrecían cierta estabilidad en medio del aislamiento. Por otro, estaban quienes arribaron por sus propios medios, construyendo su lugar con esfuerzo, creatividad y una fuerte voluntad de arraigo. Muchos de ellos levantaron sus hogares en la Población Plan Austral o en sectores más apartados, dando forma a un entorno que poco a poco fue cobrando vida.

Estas diferencias marcaron la cotidianeidad, no como fronteras infranqueables, sino como

paisajes paralelos que convivían en un mismo territorio. Para algunos, la sensación era la de habitar “dos pueblos en uno”: el de quienes contaban con los beneficios de ENAP y el de quienes forjaban su camino paso a paso.

Sin embargo, más allá de estas distinciones, el tejido comunitario encontró múltiples formas de encuentro. Las fiestas, el deporte, la escuela y las redes vecinales actuaron como puentes, fortaleciendo vínculos y alimentando un sentido de pertenencia compartido. Con el paso del tiempo, esas diferencias se fueron suavizando, y lo que perdura en la memoria colectiva es la experiencia común de haber construido, entre todos, un pueblo frente al viento.

“ Los enapinos tenían sus casas bien equipadas, calentitas. Nosotros, en cambio, fuimos levantando las nuestras de a poco, con lo que había.”

“ Había clubes donde no todos podían entrar. Éramos del mismo pueblo... pero se notaban las diferencias.”

“ El agua, la luz, el trabajo... todo dependía de la empresa. Eso nos hacía sentir seguros, pero también un poco frágiles.”



Creatividad frente a la desigualdad

“Si no nos dejaban entrar a un lugar, armábamos el nuestro. Así fue siempre.”

Frente a las diferencias que marcaron los primeros años de Cerro Sombrero, la comunidad encontró caminos propios para habitar la pampa con dignidad y pertenencia. Con ingenio y esfuerzo, los vecinos crearon espacios alternativos donde compartir la vida social y cultural, más allá de los ámbitos definidos por la empresa. Así nacieron clubes sociales donde se organizaban bailes, encuentros y celebraciones que dieron identidad a sus barrios y fortalecieron los lazos entre familias.

La guardería parroquial, impulsada por mujeres, fue otro ejemplo de esa capacidad de respuesta. Con recursos limitados, levantaron un lugar de cuidado que permitió a muchas familias trabajar con mayor tranquilidad. Años más tarde, esta

iniciativa comunitaria dio origen al jardín infantil municipal, dejando una huella profunda en la historia local.

También surgieron espacios de reunión sencillos pero cargados de significado, donde la conversación, la cooperación y la alegría compartida suplían la falta de comodidades materiales. No siempre fueron gestos de resistencia abierta: muchas veces fue la creatividad, la solidaridad y el deseo de convivir lo que permitió transformar las carencias en oportunidades.

Esa capacidad de organización colectiva es hoy parte de la memoria viva de Sombrero. Un legado que recuerda cómo, frente a los desafíos, la comunidad supo sostenerse con su propia fuerza.

De la necesidad nació la unión. Nos dimos cuenta de que juntos podíamos más que solos.”

Lo que no daba ENAP, lo inventábamos nosotros. Eso nos hizo fuertes.”



Después del petróleo



A diferencia de otros campamentos industriales que quedaron en el abandono, Cerro Sombrero logró sobrevivir. Lo que comenzó como un asentamiento petrolero se transformó, con el tiempo, en un pueblo con voz propia, capaz de trascender la lógica de la empresa para afirmar una identidad enraizada en la pampa fueguina.

La comunidad supo reinventarse: cultivó tradiciones y celebraciones que hasta hoy reúnen a generaciones, mantuvo viva la memoria de los pioneros y construyó símbolos compartidos que dieron continuidad a la vida más allá de las oscilaciones de la industria. Sombrero dejó de ser únicamente "el pueblo del petróleo" para convertirse en un espacio

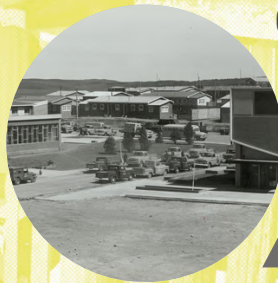
donde conviven el recuerdo del origen y el orgullo de lo que se ha sabido sostener.

La resistencia tuvo siempre una doble cara: contra el aislamiento geográfico y contra la fragilidad de depender de una sola empresa. En ese desafío, hombres y mujeres encontraron la fuerza de persistir, de organizarse y de proyectar futuro en medio de la incertidumbre.

Hoy, esa capacidad de resistir y reinventarse forma parte del orgullo local: la certeza de que, incluso frente a la adversidad, el pueblo supo afirmar su lugar en la historia de Tierra del Fuego y convertirse en patrimonio vivo.

“ Nos decían que éramos un campamento, pero demostramos que éramos un pueblo.”

“ Que nos recuerden porque lo logramos, porque supimos persistir.”



“ No solo sobrevivimos: construimos un pueblo que aún late en medio de la pampa.”

“ Resistimos porque nos organizamos. Esa es la fuerza de Sombrero.”

Voces y creadores en la pampa:

Don Luis recitaba y era como si la pampa hablara por su boca."



En Cerro Sombrero, la cultura nació como un acto de resistencia frente al aislamiento. El cine, los actos escolares, la música en vivo y las fiestas populares fueron mucho más que entretenimiento: se transformaron en espacios donde la comunidad se reconocía, reafirmando que en la pampa también era posible crear belleza y memoria.

Una figura imprescindible es Desenka Vukasovic Vrsalovic, quien llegó en 1960, cuando Sombrero despuntaba como la llamada "Brasilía de Tierra del Fuego". Fue una espectadora privilegiada de ese período histórico, y el entorno de un pueblo en formación marcó profundamente su obra. Escribió de manera constante y participó en concursos literarios, obteniendo varios reconocimientos, entre ellos el primer lugar en certámenes de poesía en 1967 y la Flor de Plata en 1968. Falleció en Sombrero el 1 de octubre de 2011, y en abril de 2022 su legado fue honrado con la inauguración de la Biblioteca Pública de Cerro Sombrero que lleva su nombre.

También existen voces que hoy forman parte del patrimonio local. Una de ellas es Luis Humberto Torres Barrientos, hijo de Tierra del Fuego, trabajador campesino desde joven y poeta campesino por vocación. Aprendió el oficio rural junto a su familia, y hace más de 40 años comenzó a escribir versos que retratan la faena del campo, la dureza del viento y la dignidad de la vida fueguina. Sus escritos acercan las tradiciones magallánicas a la comunidad local y regional. Fue reconocido como ciudadano destacado de Primavera en 2022 y en 2024 recibió el Premio Regional de Cultura, Arte y Patrimonio "Patrimonio Cultural Vivo en Magallanes", en la categoría cultores portadores de tradición.

La cultura en Sombrero nunca fue un lujo, sino una forma de resistencia y creación frente al viento y la distancia. Fue, y sigue siendo, la manera de decir: "Estamos aquí, y también tenemos algo que contar"

Desenka nos emocionaba con sus poemas. Era una mujer adelantada a su tiempo."

Las mujeres siempre estuvimos presentes en lo cultural, aunque no siempre se nos reconocía."

Cada fiesta tenía su rincón cultural: poemas, canciones o una obra improvisada. La cultura estaba en todo."

En el cine no solo veíamos películas, también se hacían actos y presentaciones. Era nuestro escenario."

Patrimonio vivo, desafíos presentes

“Cada canción, cada poema, cada recuerdo es una forma de decir: Sombrero sigue aquí.”

“No queremos que se pierda. La cultura es lo que nos hace distintos, lo que nos mantiene unidos.”

“La cultura de Sombrero no está en los libros, está en la gente, en lo que contamos y compartimos.”

“Nuestro patrimonio es la memoria, y mientras se hable de él, seguirá vivo.”

Hoy, la cultura de Cerro Sombrero se manifiesta en múltiples formas: en la memoria oral que circula de casa en casa, en las fiestas que persisten contra el viento, en los relatos de vecinos que guardan la historia y, sobre todo, en la tarea de transmitir identidad a las nuevas generaciones. Cada testimonio, cada celebración y cada gesto comunitario son recordatorios de que este pueblo no solo se construyó con petróleo, sino también con palabras, cantos y memorias compartidas.

El gran desafío actual es mantener viva esa herencia: revitalizar los espacios de encuentro, apoyar la creación artística local, integrar a los más jóvenes en la historia del

pueblo y asegurar que el paso del tiempo no diluya lo que tantas generaciones forjaron. La cultura aquí no puede entenderse como un bien acabado, sino como una práctica en movimiento, sostenida en la voluntad de persistir.

Más que un recuerdo del pasado, la cultura de Sombrero es patrimonio vivo, un legado en permanente construcción. Su fuerza radica en la comunidad que lo habita y lo proyecta hacia el futuro, demostrando que, incluso en los confines de la pampa fueguina, la memoria puede seguir siendo raíz y al mismo tiempo semilla.




El valor de la calma

Hoy, Cerro Sombrero es un pueblo pequeño y sereno, donde la vida transcurre a un ritmo pausado, distinto al del resto del mundo. El bullicio de los años petroleros quedó atrás y dio paso a calles más silenciosas, pero esas mismas calles guardan las huellas de las familias que alguna vez las llenaron de voces y movimiento. Para quienes aún habitan aquí, la calma se ha transformado en un valor: un lugar seguro donde criar niños, un espacio donde la rutina se mezcla con el recuerdo y donde, por momentos, el tiempo parece detenerse.

La comunidad actual es más reducida, pero conserva intacta la solidaridad que la sostuvo desde sus inicios. La memoria de quienes ya no están se mantiene viva en las

conversaciones cotidianas, en las fotografías familiares y en las celebraciones que aún resisten. Al mismo tiempo, nuevas familias llegan por temporadas de trabajo, aportando dinamismo y renovando la identidad del lugar.

Ese ir y venir de habitantes prolonga el espíritu de tránsito y arraigo que siempre caracterizó a Sombrero: un pueblo donde algunos llegaron para quedarse y otros solo de paso, pero todos dejaron una marca. En esa convivencia de calma presente y memoria persistente radica hoy el verdadero valor patrimonial de la comunidad: un pueblo que, aún pequeño, guarda en silencio la grandeza de su historia.



“Aquí ya no hay el movimiento de antes, pero sigue siendo un lugar hermoso y tranquilo.”

“El pueblo es chico, pero sigue teniendo alma.”

“Nos gusta vivir en paz, sin apuros. Sombrero tiene un encanto único.”

“En la calma de hoy se escuchan los ecos de ayer. Cada esquina guarda una historia.”

Desafíos en medio del viento



El presente de Cerro Sombrero se debate entre la nostalgia por lo que fue y la búsqueda de nuevos horizontes. El cierre de espacios emblemáticos como la piscina climatizada o el bowling —orgullos de una época de esplendor— dejó un vacío en la vida cotidiana y una huella en la memoria colectiva. Esos lugares, que alguna vez congregaron a la comunidad, hoy existen solo en los recuerdos, recordando que nada permanece intacto frente al paso del tiempo.

Sin embargo, la vida en Sombrero sigue latiendo. La comunidad ha encontrado nuevas formas de sostenerse y proyectarse: las iniciativas culturales, los proyectos de

memoria y las celebraciones que persisten, como la Fiesta Campesina del Ovejero o el Festival de la Canción Ranchera, son la prueba de que el pueblo se reinventa. En cada encuentro, en cada historia compartida, la gente reafirma que la riqueza de Sombrero no se agota en su origen petrolero, sino que habita en su capacidad de mantener viva la identidad.

Más que un recuerdo, Sombrero es hoy un patrimonio en movimiento: un lugar pequeño y tranquilo, pero cargado de historias que todavía buscan caminos hacia el futuro, resistiendo con dignidad en medio del viento y la inmensidad fueguina.

Que no nos olviden, porque aquí logramos algo grande.”

Nuestra tarea ahora es transmitir la historia, para que los más jóvenes sepan de dónde venimos.”

El desafío es que los jóvenes se sientan parte, que entiendan que este pueblo es herencia y también futuro.”

El futuro de Sombrero está en su memoria, en lo que contamos y compartimos.”



Herencias de tránsito

Mis hijas salieron a estudiar, nunca dejaron de venir un fin de semana. Siempre regresaban a verme, nunca me dejaron sola."



Muchos compañeros de trabajo ya no están, unos se fueron a Punta Arenas, otros a distintas ciudades, pero cada vez que nos encontramos hablamos de Sombrero como si siguiéramos viviendo aquí"

Este siempre fue un pueblo de tránsito, la gente llegaba por trabajo y después se iba, pero algo de cada uno quedó".

Nosotros íbamos a Percy o a Cullen a compartir campeonatos, fiestas... Éramos como una red de pueblos hermanos"

En Cerro Sombrero siempre hubo familias que llegaban y partían. Algunos estuvieron solo unos años, otros dejaron raíces más profundas, pero todos sumaron huellas al tejido comunitario. En los recuerdos aparecen vecinos que ya no están, amigos de infancia que siguieron su camino en otras ciudades, trabajadores que fueron destinados a nuevos rumbos. Esa identidad de tránsito, lejos de debilitar al pueblo, lo convirtió en un espacio donde cada encuentro tenía valor, porque se sabía que podía ser pasajero. La memoria de Sombrero también dialoga con otros campamentos del petróleo en

Tierra del Fuego. Cullen, Clarencia, Puerto Percy forman parte de la misma cartografía emocional. Muchos pobladores se movieron entre ellos, llevando consigo costumbres, amistades y aprendizajes. Esa red de pueblos hermanos refuerza la singularidad de Sombrero: fue el único que sobrevivió, el que supo reinventarse y persistir.

Lo que dejaron quienes partieron no se perdió: permanece en las fotos familiares, en las anécdotas repetidas, en la nostalgia compartida. Sombrero es, en gran parte, la suma de esas presencias ausentes.



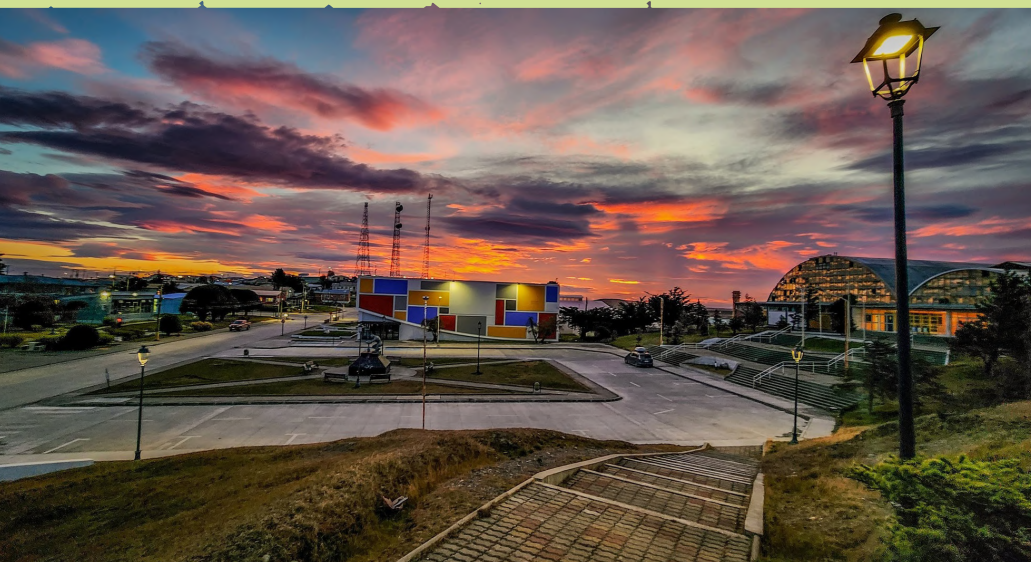
Memoria que perdura

Cerro Sombrero no es solo un vestigio de la época petrolera ni un recuerdo detenido en fotografías antiguas. Es un patrimonio vivo de Tierra del Fuego, tejido en las voces que aún lo cuentan, en los gestos cotidianos que se transmiten de generación en generación y en la persistencia de su gente para sostener la vida en medio de la pampa.

Cada casa levantada contra el viento, cada fiesta que iluminó el invierno, cada partido de fútbol que reunió a familias enteras, cada poema campesino nacido del silencio de la isla y cada gesto solidario entre vecinos forman parte de una historia que se

niega a desaparecer. Lo que comenzó como campamento transitorio se transformó en comunidad con raíces, y lo que parecía pasajero se volvió parte esencial de la identidad fueguina.

La reflexión final es clara: el patrimonio no habita únicamente en los edificios ni en los archivos, sino en la memoria colectiva de quienes supieron resistir el aislamiento, la distancia y la fragilidad de depender de una empresa. Está en la fuerza de hombres y mujeres que convirtieron el viento en identidad y el desarraigo en pertenencia.



**Que nos
recuerden
porque lo
logramos,
porque supimos
persistir.”**

Agradecimientos y créditos

Investigación y Talleres:

Loreto Medina Muñoz

Textos y edición:

Loreto Medina Muñoz

lmedinamz@gmail.com

Diseño

Jorge Canicura Montiel

www.instagram.com/cejecone

Fotografía:

Las fotografías utilizadas en este libro provienen de diversas fuentes: colecciones familiares de vecinos y vecinas que compartieron generosamente sus recuerdos; registros del archivo personal de la autora; material publicado en las redes sociales oficiales de la Municipalidad de Primavera; imágenes obtenidas desde sitios web de acceso público; y fotografías capturadas en el marco de este proyecto. A todas las personas e instituciones que contribuyeron con su material gráfico, nuestro sincero agradecimiento por hacer posible la reconstrucción visual de esta memoria colectiva.





PARTICIPANTES

Alicia Uribe Hernández

Andrea Velásquez

Araceli Barrientos Montenegro

Blanca Culún Raín

Carola Mondaca Díaz

Cecilia Martín del Río

Dora Vargas B.

Edgardo Álvarez

Hilda Valdés Vásquez

Isabella Gallardo

Jazna Subiabre Ilnao

Juan Vargas Huichapaní "Varguitas"

Karina Fernández Marín

Katherine Leyton Ávalos

Kathiuska Soto Aro

Lorena Rivera

Luis Torres Barrientos

Marcela Silva Alarcón

Marcelo Gamboa Morales

María Cristina Vargas Vivar

María Luisa Marín Burdiles

María Zoila Paredes Ulloa

Mirta Avilez

Nathalie Petit Rubio

Patricia Briceño

Patricia Mena Sepúlveda

Paula Schaaf Zambrano

Paula Triviño Ruiz

Rosa Barrientos

Tomás Sanhueva Vásquez

A cada vecina. A cada vecino.

Gracias por encender la memoria con sus palabras.

En los talleres de **Memorias Chocolatadas** compartimos más que recuerdos. Fueron fotografías, silencios, risas y fragmentos de vida. Gestos de confianza que, al unirse, volvieron a formar comunidad.

Para mí este relato tiene un sentido aún más profundo. Me crié en este pueblo y escuchar sus voces fue también volver a mi infancia, a las calles, al viento y a la vida cotidiana que me formó.

Este relato no me pertenece. Es de ustedes. De quienes habitaron Sombrero, lo soñaron y lo hicieron persistir frente al viento.

Porque la memoria no se guarda sola: se comparte, se celebra, se transmite.

A todas y todos, mi reconocimiento y cariño.



Programa
Identidad Regional

